

dichos han muerto sin fe y sin sacramentos. Y esta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranes y matadores, la saben y la confiesan, que nunca los indios, de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que primero, muchas veces, hubieron recibido de ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones de ellos mismos.

DE LA NUEVA ESPAÑA.

En el año de mil y quinientos diez y siete se descubrió la Nueva España, y en el descubrimiento se hicieron grandes escándalos en los indios y algunas muertes por los que la descubrieron. En el año de mil y quinientos y diez y ocho la fueron a robar y a matarlos que llamaban cristianos, aunque ellos dicen que van poblar; y desde este año de diez y ocho hasta el día de hoy, que estamos en el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, ha rebozado y llegado a su colmo toda la iniquidad, toda la injusticia, toda la violencia y tiranía que los cristianos han hecho en las Indias, porque del todo han perdido todo temor a Dios y al rey y se han olvidado de sí mismos. Porque son tantos y tales los estragos y crueldades, matanzas y destrucciones, despoblaciones, robos violencias y tiranías y en tantos y tales reinos de la gran Tierra Firme, que todas las cosas que hemos dicho son nada en comparación de las que se hicieron; pero aunque las dijéramos todas, que son infinitas las que dejamos de decir, no son comparables ni en número ni en gravedad, a las que desde el dicho año de mil y quinientos y diez y ocho se han hecho y perpetrado hasta este día del mes de septiembre se hacen y cometen las más graves y abominables. Porque sea verdad la regla que arriba pusimos, que siempre desde el principio han ido crecien-

do en mayores desafueros y obras infernales. Así que, desde la entrada de la Nueva España, que fué a diez y ocho de abril del dicho año de diez y ocho, hasta el año de treinta, que fueron doce años enteros, duraron las matanzas y estragos que las sangrientas y crueles manos y espadas de los españoles hicieron continuamente en cuatrocientas y cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de México y a su rededor, donde cabrán cuatro y cinco grandes reinos tan grandes y harto más felices que España. Estas tierras todas eran las más pobladas y llenas de gentes que Toledo, y Sevilla, y Valladolid, y Zaragoza juntamente con Barcelona, porque no hay ni hubo jamás tanta población en estas ciudades cuando más pobladas estuvieron, que Dios puso y que había en todas las dichas leguas, que para andarlas en torno se han de andar más de mil y ochocientas leguas. Más han muerto los españoles dentro de los doce años dichos en las dichas cuatrocientos y cincuenta leguas, a cuchillo a lanzadas, y quemándolos vivos, mujeres y niños, y mozos y viejos, de cuatro cuentos de ánimas; mientras que duraron (como dicho es) lo que ellos llaman conquistas, siendo invasiones violentas de crueles tiranos condenados no sólo por la ley de Dios, pero por todas las leyes humanas, como lo son y muy peores que las que hace el turco para destruir la iglesia cristiana; y esto sin los que han muerto y matan cada día en la susodicha tiránica servidumbre, vejaciones y opresiones cotidianas. Particularmente no podrá bastar lengua ni noticia y industria humana a referir los hechos espantables que en dichas partes, y juntos en un tiempo en unas, y varios en varias, por aquellos hostes (1) públicos y capitales enemigos del linaje humano se han hecho dentro de aquel dicho circuito, y aun algunos hechos, según las circunstancias y calidades que los agrabian: en verdad que cumplidamente apenas con mucha diligencia y tiempo y escritura no se pueda explicar. Pero alguna cosa de algunas

(1) Hostes, ablativo de hostis, huésr el y también huéste, enemigo.

partes diré, con protestación y juramento de que no pienso que explicaré una de mil partes.

Entre otras matanzas hicieron ésta en una ciudad grande, de más de treinta mil vecinos, que se llama Cholula: que saliendo a recibir todos los señores de la tierra y comarca, primero todos los sacerdotes, con el sacerdote mayor, a los cristianos en procesión y con grande acatamiento y reverencia, y llevándolos en medio a aposentar a la ciudad y a las casas de aposento del señor o señores de ella principales, acordaron los españoles de hacer allí una matanza o castigo (como ellos dicen) para poner y sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras, porque siempre fué ésta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado (conviene a saber), hacer una cruel y señalada matanza porque tiemblen de ellos aquellas ovejas mansas. Así que enviaron para esto, primero, a llamar todos los señores y nobles de la ciudad y de todos lugares a ella sujetos con el señor principal, y así como venían y entraban a hablar al capitán de los españoles, luego eran presos sin que nadie lo sintiese que pudiese llevar las nuevas. Habíanles pedido cinco o seis mil indios que les llevasen las cargas, vinieron todos luego y métenlos en el patio de las casas. Ver a estos indios cuando se aparejan para llevar las cargas de los españoles, es haber de ellos una gran compasión y lástima, porque vienen desnudos, en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, y con unas redecillas en el hombro con su pobre comida, ponéanse todos en cucullas como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados y juntos en el patio con otras gentes que a vueltas estaban, pónense a las puertas del patio españoles armados que guardasen, y todos los demás echan mano a sus espadas y meten a espada y a lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. Al cabo de dos o tres días salían muchos indios vivos llenos de sangre que se habían escondido y amparado debajo de los muertos (como eran tantos); iban llorando ante los españo-

les pidiendo misericordia que no los matasen, de los cuales ninguna misericordia ni compasión hubieron, antes, así como salían los hacían pedazos. A todos los señores, que eran más de ciento, y que tenían atados, mandó el capitán quemar y sacar vivos en palos hincados en la tierra. Pero un señor, y quizá era el principal y rey de aquella tierra, pudo quitarse, y recogióse con otros veinte, o treinta, o cuarenta hombres al templo grande que allí tenían, el cual era como fortaleza que llamaba Duu, y allí se defendió gran rato del día. Pero los españoles, a quien no se les hán para nada, mayormente en estas gentes desarmadas, pusieron fuego al templo y allí los quemaron, dando voces: "¡Oh, malos hombres! ¿Qué os hemos hecho? ¿Por qué nos matáis? Andad que a México iréis donde nuestro universal señor Motenzuma de vosotros nos hará venganza". Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:

"Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía".

Otra gran matanza hicieron en la ciudad de Tepeaca, que era mucho mayor y de más vecinos y gente que la dicha, donde mataron a espada infinita gente, con grandes particularidades de crueldad. De Cholula caminaron hacia Méjico y enviándoles el gran rey Motenzuma millares de presentes, y señores, y gentes, y fiestas al camino, y a la entrada de la calzada de Méjico, que es a dos leguas, enviéles a su mismo hermano acompañado de muchos y grandes señores, y grandes presentes de oro y plata y ropas. Y a la entrada de la ciudad, saliendo él mismo en persona en unas andas de oro con toda su gran corte a recibirlos, y acompañándolos hasta los palacios en que los había mandado aposentar. Aquel mismo día, según me dijeron algunos de los que allí se hallaron, con cierta di-

simulación, estando seguro prendieron al gran rey Motenzuma, y pusieron ochenta hombres que le guardasen, y después echáronlo en grillos. Pero dejado esto todo en que había grandes y muchas cosas que contar, sólo quiero decir una señalada que allí aquellos tiranos hicieron. Yéndose el capitán, de los españoles al puerto de la mar a prender a otro cierto capitán que venía contra él (1), y dejado cierto capitán, creo que con ciento pocos más hombres, que guardasen al rey Motenzuma, acordaron aquellos españoles de cometer otra cosa señalada para acrecentar su miedo en toda la tierra, industria (como dije) de que muchas veces han usado. Los indios y gente y señores de toda la ciudad y corte de Motenzuma, no se ocupaban en otra cosa sino en dar placer a su señor poderoso; y entre otras fiestas que le hacían era en las tardes hacer por todos los barrios y plazas de la ciudad los bailes y danzas que acostumbraban, y que llamaban ellos Mitotes, como en las islas llaman Areitos, donde sacan todas sus galas y riquezas, y con ellas se emplean todos, porque es la principal manera de regocijo y fiestas, y los más nobles y caballeros y de sangre real, según sus grados, hacían sus bailes y fiestas más cercanas a las casas donde estaba su poderoso señor. En la más propincua parte a los dichos palacios estaban sobre dos mil hijos de señores, que era toda la flor y nata de la nobleza de todo el imperio de Motenzuma. A estos fué el capitán de los españoles con una cuadrilla de ellos, y envió otras cuadrillas a todas las otras partes de la ciudad donde hacían las dichas fiestas, disimulados como que ibana verlas, y mandó que a cierta hora todos diesen en ellos. Fué él, y estando embebidos y seguros en sus bailes, dice: "¡Santiago y a ellos!", y comienzan con las espadas desnudas a abrir aquellos cuerpos desnudos y delicados, y a derramar aquella generosa sangre, que uno no dejaron a vida: lo mismo hicieron los otros en las otras plazas. Fué una cosa ésta que a todos aquellos reinos y gentes puso en pasmo, y an-

(1) A Pánfilo de Narváez.

gustia, y luto, y hinchó de amargura y dolor; y de aquí a que se acabe el mundo y ellos del todo se acaben, no dejarán de lamentar y cantar en sus Areitos y bailes, como en romances (que acá decimos), aquella calamidad y pérdida de la sucesión de toda su nobleza, de que se preciaban de tantos años atrás. Vista por los indios cosa tan injusta, y crueldad tan nunca vista en tantos inocentes sin culpa perpetrada, los que habían sufrido con tolerancia la prisión no menos injusta de su universal señor, porque él mismo se lo mandaba que no acometiesen ni guerreasen a los cristianos, entonces pónense en armas toda la ciudad y vienen sobre ellos, y heridos muchos de los españoles apenas se pudieron escapar. Ponen un puñal a los pechos al preso Motenzuma, que se pusiese a los corredores y mandase que los indios no combatiesen la casa, sino que se pusiesen en paz. Ellos no curaron entonces de obedecerlo en nada, antes platicaban de elegir otro señor y capitán que guiase sus batallas; y porque ya volvía el capitán que había ido al puerto con victoria, y traía muchos más cristianos, y venía cerca, cesaron el combate obra de tres o cuatro días, hasta que entró en la ciudad. El entrado, ayuntada infinita gente de toda la tierra, combaten a todos juntos de tal manera, y tantos días, que temiendo todos morir acordaron una noche salirse de la ciudad (1). Sabido por los indios mataron gran cantidad de cristianos en las puentes de la laguna, con justísima y santa guerra, por las causas justísimas que tuvieron, como dicho es. Las cuales, cualquiera que fuese hombre razonable y justo las justificara. Sucedió después el combate de la ciudad, reformados los cristianos, donde hicieron estragos en los indios, admirables y extraños, matando infinitas gentes y quemando vivos muchos y grandes señores. Después de las tiranías grandísimas y abominables que éstos hicieron en la ciudad de Méjico, y en las ciudades, y tierra mucha (que por aquellos alrededores diez, y quince, y veinte leguas

(1) La llamada Noche Triste.

de Méjico, donde fueron muertas infinitas gentes), pasó adelante ésta su tiránica pestilencia, y fué a cundir e inficionar y asolar a la provincia de Pánuco, que era una cosa admirable la multitud de las gentes que tenía, y los estragos y matanzas que allí hicieron. Después destruyen por la misma manera la provincia de Lututepeque, y después la provincia de Ypilcingo y después la de Colima, que cada una es más tierra que el reino de León y que el de Castilla. Contar los estragos y muertes y crueldades que en cada una hicieron, sería, sin duda, cosa difícilísima e imposible de decir trabajos a de escuchar.

Es aquí de notar que el título con que entraban, por el cual comenzaban a destruir todos aquellos inocentes, y despoblar aquellas tierras, que tanta alegría y gozo debieran de causar a los que fueron verdaderamente cristianos con su tan grande e infinita población, era decir que viniesen a sujetarse y obedecer al rey de España, donde no, que los habían de matar y hacer esclavos, y los que no venían tan presto a cumplir tan irracionales y estultos mensajes, y a ponerse en las manos de tan inícuos y crueles y bestiales hombres, llamábanles rebeldes y alzados contra el servicio de Su Majestad; y así lo escribían acá el rey, nuestro señor, y la ceguedad de los que regían las Indias no alcanzaban ni entendía aquellos que en sus leyes está expreso y más claro que otros de sus primeros principios (conviene a saber), que ninguno es ni puede ser llamado rebelde si primero no es súbdito. Considérese por los cristianos y que saben algo de Dios y de razón, y aun de las leyes humanas, qué tales pueden parar los corazones de cualquiera gente que vive en sus tierras segura y no sabe que deba nada a nadie y que tiene sus naturales señores, las nuevas que les dijeron así de súbito: "Daos a obedecer a un rey extraño que nunca visteis ni oísteis, y si no sabed que luego os hemos de hacer pedazos", especialmente viendo por experiencia que así luego lo hacen, y lo que espantable es, que a los que de

hecho obedecen ponen en aspérrima servidumbre, donde con increíbles trabajos y tormentos más largos y que duran más que los que les dan metiéndolos a espada, al cabo perecen ellos y sus mujeres e hijos y toda su generación. E ya que con los dichos temores y amenazas aquellas gentes o otras cualesquiera, en el mundo vengán a obedecer y reconocer el señorío de rey extraño, ¿no ven los ciegos y turbados de ambición diabólica codicia que no por eso adquieren una punta de derecho? Como verdaderamente sean temores y miedos aquellos cadentes inconstantísimos viros, que de derecho natural y humano y divino es todo aire cuando se hace para que valga, si no es el Reatu (1) y obligación que les queda a los fuegos infernales y aun a las ofensas y daños que hacen a los reyes de Castilla, destruyéndoles aquellos sus reinos y aniquilándole (en cuanto en ellos es) todo el derecho que tienen a todas las Indias; y estos son y no otros los servicios que los españoles han hecho a dichos señores reyes de aquellas tierras, y hoy hacen.

Con este tan justo y aprobado título envió apuesto capitán tirano otros dos tiranos capitanes, muy más crueles y feroces, peores y de menos piedad y misericordia que él a los grandes y florentísimos y felicísimos reinos de gentes plenísimamente llenos y poblados (conviene a saber), el reino de Guatimala, que está a la mar del sur, y el otro de Naco y Honduras o Guaimura, que está a la mar del norte, frontero el uno del otro, y que confinaban y partían términos ambos a dos o trecientas leguas de Méjico. El uno despachó por la tierra y el otro en navíos por la mar con mucha gente de caballo y de pie cada uno. Digo verdad que de lo que ambos hicieron en mal y señaladamente del que fué al reino de Guatimala, porque el otro prestó mala muerte murió, que podría expresar y colegir tantas maldades, tantos estragos, tantas muertes, tantas despoblaciones, tantas

(1) Reatu, ablativo de reatus, culpa, de reus, reo. Reato es la obligación que queda a la pena correspondiente al pecado.

y fieras injusticias que espantasen los siglos presentes y venideros, y hinchese de ellas un gran libro; porque éste excedió a todos los pasados y presentes, así en la cantidad y número de las abominaciones que hizo, como de las gentes que destruyó y tierras que hizo desiertas, porque todas fueron infinitas. El que fué por la mar y en navíos hizo grandes robos y escándalos y aventamientos de gentes en los pueblos de la costa, saliéndole a recibir algunos con presentes en el reino de Yucatán, que está en el camino del reino susodicho de Naco a Guaimura donde iba; después de llegado a ellos envió capitanes y mucha gente por toda aquella tierra que robaban y mataban y destruían cuantos pueblos y gentes había, y especialmente uno que se alzó con trescientos hombres y se metió la tierra adentro hacia Guatemala, fué destruyendo y quemando cuantos pueblos hallaba, y robando y matando las gentes de ellos; y fué haciendo esto de industria más de ciento y veinte leguas, porque si enviase tras él hallasen los que fuesen la tierra despoblada y alzada, y los matasen los indios en venganza de los daños y destrucciones que dejaban hechos. Desde a pocos días mataron al capitán principal que le envió, y a quien éste se alzó, y después sucedieron otros muchos tiranos crudelísimos que con matanzas y crueldades espantosas, y con hacer esclavos y venderlos a los navíos que les traían vino y vestidos y otras cosas, y con la tiránica servidumbre ordinaria, desde el año de mil quinientos y veinticuatro hasta el año de mil quinientos y treinta y cinco, asolaron aquellas provincias de Naco y Honduras, que verdaderamente parecían un paraíso de deleites y estaban más pobladas que la más frecuentada y poblada tierra que puede ser en el mundo; y agora pasamos y venimos por ellas, y las vimos tan despobladas y destruídas, que cualquiera persona por dura que fuera se le abrieran las entrañas de dolor. Más han muerto en estos once años de dos cuentos de ánimas, y no han dejado en más de cien leguas en cuadro dos mil personas, y éstas cada día las matan en la

dicha servidumbre. Volviendo la péndola (1) a hablar del grande tirano capitán que fué a los reinos de Guatemala, el cual, como está dicho, excedió a todos los pasados y iguala con todos los que hoy hay desde las provincias comarcanas a Méjico, que por el camino que él fué (según él mismo escribió en una carta al principal que le envió) están del reino de Guatemala cuatrocientas leguas, fué haciendo matanzas y robos, quemando y robando y destruyendo donde llegaba toda la tierra con el título susodicho (conviene a saber), diciéndoles que se sujetasen a ellos, hombres tan inhumanos, injustos y crueles, en nombre del rey de España, incógnito y nunca jamás de ellos oído, el cual estimaban ser muy más injusto y cruel que ellos, y aun sin dejarles deliberar, cuasi tan presto como el mensaje llegaban matando y quemando sobre ellos.

DOS PAGINAS DE "CRATER"

EL SOLDADO Y EL CIUDADANO.

[REYES Y MADERO]

I

Un ángel y un hombre. El hombre: un Soldado. Un bizarro soldado de andar firme y apuesto continente. Hermosa barba cubre su pecho constelado de medallas, cintas y cruces. El ángel dice al soldado: "Mira allá lejos, tras esa bruma que cubre el horizonte." Son las almas vencidas de tu país que gimen de opresión y de injusticia. Su dolor las ha postrado en mortal letargo,

(1) Péndola, péñola, pluma.